

TAXI
A SODOMA

TAXI A SODOMA

RICARDO LORENZO

Luzia

A Juan Queiroz —en Nueva York—,
a Jorge Luis Peralta —en Palma de Mallorca—,
a José Luis Pizzi —en Berlín— y a Alejandro
Modarelli —en Buenos Aires.

A los miembros del «Club del Manuscrito» —en
Aranjuez—: Héctor Anabitarte, Federico Hernández,
Nano Gruber, Jesús Valbuena, José Gutiérrez,
Daniel Zurita, Ramón López y Carmelo Plaza.

«Y aunque estuviera en el desierto, irían mis pies en dirección de tus calles Sodoma, ¿acaso no eres la más bonita de las ciudades? Y aunque solamente viera una ventanita cubierta con un lienzo a rayas la reconocería y me diría: Es una ventanita de Sodoma».

Karel Čapek.

«Una buena taberna local tiene mucho en común con una iglesia, excepto que la taberna es mucho más cálida y tiene más conversación».

William Blake.

«La miseria del pueblo español, la gran miseria moral, está en su chabacana sensibilidad ante los enigmas de la vida y de la muerte. La Vida es un magro puchero; la Muerte, una carantoña ensabonada que enseña los dientes; el Infierno, un calderón de aceite albando donde los pecadores se achicharran como boquerones; el Cielo, una kermés sin obscenidades, a donde, con permiso del párroco, pueden asistir las Hijas de María. Este pueblo miserable transforma todos los grandes conceptos en un cuento de beatas costureras. Su religión es una chochez de viejas que disecan al gato cuando se les muere».

Max Estrella

—en «Luces de bohemia», de Ramón María del Valle-Inclán.

«*La fe es una mentira y el cielo una decepción*».

James Mason

—en «Pandora y el holandés errante», de Albert Lewin.

«*Uno debe concluir que Dios creó a la mayoría de los hombres simplemente con el fin de llenar el infierno*».

Marqués de Sade

«*Soy hijo del hombre y de la mujer, según se me ha dicho. Eso me extraña. ¡Creía ser más!*».

Conde de Lautréamont

«*Muero de sed al lado de la fuente*».

François Villon

«*Soy la herida y el puñal. Soy la bofetada y la mejilla*».

Charles Baudelaire

«*Describe un círculo, después acarícialo y se convertirá en un círculo vicioso*».

Eugène Ionesco

«*Basta con saber que ninguna práctica sexual es inmoral*».

Wilhelm Reich

PRÓLOGO

¡Ay, si los macutos hablaran!

Hablar de Ricardo Lorenzo es hablar de uno de esos tipos honestos con los que la vida te cruza y con quien siempre es un gusto charlar, beber y compartir libros. En eso consiste básicamente la amistad que nos une desde 2006, cuando nos presentaron en la mesa de un café bajo el pretexto de trabajar en un periódico que *duró lo que duran dos peces de hielo en un whisky on the rocks*, apenas un par de años, pero en el que disfrutamos como los cochinos en el barro. Es ahí donde descubrí al hombre culto que es Ricardo, un cinéfilo de los que ya no quedan y un lector voraz al que le sigo tomando prestados para siempre tantos y tantos tomos de su biblioteca, los cuales me deja en la consigna de El Columpio —el bar del barrio del que ambos somos vecinos— o en las tertulias que montamos en el Fórum —otro garito del barrio— y a las que nunca vienen los demás escritores. Ellos se lo pierden.

Es en esas charlas de café o de cerveza, según se tercie, intercambiamos también nuestros manuscritos, con el ánimo de recibir la primera opinión el uno del otro. En uno de esos *changes*, en los que siempre salgo ganando —un par de novelas de Le Carré, un Delibes de páginas amarillas, unos *unamunos* o un Ernesto Sábato—, recibí también el manuscrito de 'Taxi a Sodoma', con el compromiso de escribirle un prólogo a este segundo volumen

de la trilogía que Ricardo Lorenzo se ha propuesto escribir y que ya tuvo una primera parte en 'Bienvenidos a Sodoma'.

Es esta una novela gamberra, ácida e irreverente, pero en la que se esconden muchos capítulos que se antojan trascendentales en la vida del autor. Con su lectura, en todo caso, se encuentra uno con una novela que empieza en todo lo alto, donde la acción nunca se detiene y que es casi un perfecto guion de cine, el mismo que hubiera querido dirigir Billy Wilder de haber vivido en los noventa del siglo pasado. 'Taxi a Sodoma' podría haber sido una secuela de 'Primera plana', a la que Ricardo Lorenzo cita varias veces en su novela.

Y es que es el periodismo el tema central de este libro que tiene el lector entre las manos. Pero no es el periodismo de hoy el que brilla en la novela —al menos no es la idea del periodismo que las grandes corporaciones se han empeñado en implantar en una sociedad tan polarizada como ensimismada en su teléfono móvil—, sino aquella forma de entender este bendito oficio que el propio autor define en las páginas de este 'Taxi a Sodoma': «investigar *fregaos*, destapar ollas podridas, chapalear en el barro, levantar actas como un notario de las miserias próximas, implicarse más allá de lo que correspondía». A eso es a lo que se dedica Paco Lavetusta, un periodista con colmillo y homosexual, que escribe para uno de aquellos viejos semanarios que llenaban de colorín los quioscos y que, en este caso, Ricardo Lorenzo bautiza como *'Conmoción'*. Tiene esta revista una redacción clásica, que incluye a un maquetista que además es peluquero en sus ratos libres. Son muchas las alusiones al periodismo, y no solo a la forma de ejercer el oficio, sino a la forma compulsiva que los más veteranos tenían de consumir información: las primeras ediciones en el Vips —con la correspondiente bolsa de conguitos—, los desaparecidos

anuncios sexuales por palabras, *El País* por el final, por la columna de Manuel Vicent.

El periodismo como tema central, sí, pero también las miserias y la hipocresía de la Iglesia católica, que, habiéndose cumplido ya el primer cuarto del siglo XXI, no ha sabido resolver aún su cínica relación con el sexo. Esa es la denuncia que se esconde detrás del caso de la muerte del arzobispo de Madrid, Arnulfo Roca Valente, que investiga Paco Lavetusta, quien sabe más por viejo que por diablo y quien se ayuda para ello de una galería de personajes tan *locas* como adorables.

Esa doblez de la Iglesia la desnuda echando mano incluso de alguna cita del marqués de Sade: «¡Compréndelo, Juliette, todo lo que está continuamente en movimiento es un motor en sí; no tenemos que buscar otro que sea divino!».

'Taxi a Sodoma' es también un buen ejemplo de cómo afrontar desde la literatura el tema de la homosexualidad sin que esta se convierta en una tragedia o en un drama personal, como suele ser recurrente. En esta novela, y también en la que la precede, todos los personajes son felices, extrovertidos, y disfrutan de su sexualidad de forma natural. Y lo hacen en una época en la que España no era todavía el país inclusivo y tolerante que es hoy, lo que no impide a los protagonistas de la novela pasearse por las mejores saunas de Madrid, donde los picaportes son pollas de plata, y comer y beber en los bares de una ciudad que todavía no era un casino ni estaba rendida a las modas *healthies*, a los cafés *gourmets* ni a los *brunch* de media mañana, y en la que hacerlo era tan democrático como un referéndum. Lavetusta y sus colegas comen y beben en El Torito, el Santander, el Figueroa, el Dos Passos, el Palentino o el Maño. Y el director de *'Conmoción'* juega a las máquinas en El Ruti, como Dios manda.

Y esconde —o no— esta novela muchos sustratos de la biografía del propio autor, citado incluso como personaje en alguno de los pasajes, junto a su inseparable Héctor Anabitarte. Ellos también se mezclan con toda la troupe de esta historia por la que se suceden algunas historias que tienen mucho de autobiográfico y que hacen incluso un divertido ejercicio de metaliteratura, con citas expresas a la primera parte de esta trilogía, al inédito 'Vagabundo con VISA' o a 'Ituzaingo-Ituzaingó', una formidable novela que el propio Ricardo Lorenzo publicó en 1999, en la que utiliza un lenguaje casi poético para describir y contar la historia de todo cuanto sucedió en el que, al fin y al cabo, fue también uno de sus espacios vitales.

Entre esos espacios vitales se encuentra también Aranjuez, el lugar donde más tiempo ha vivido el autor, al que se refiere como *Aranyork*, «isla pródiga en el océano de la barbarie» y al que dedicó dos tomos que son auténticas joyas de la historia local, 'Pasaron por aquí'.

Algunos de esos pasajes que fueron en su tiempo vivencias del propio Ricardo se descubren en algunos de los textos de Sito, un novio al que rescata de una juventud suicida y con el que no solo ejerce de pareja y amante, sino también de mecenas. Junto a ellos viven dos gatas, la Ulises y Ava —por Ava Gardner, por quién si no—, a las que Ricardo utiliza para revelar su propia pasión por la música clásica.

La pasión cervantina de nuestro autor también se deja ver por las páginas de 'Taxi a Sodoma', con un Sito volcado en su trabajo de fin de carrera dedicado al autor de 'El Quijote' y con una pretensión: la de escribir un libro titulado 'Un verano con Cervantes', como el que ha escrito casi treinta años después del tiempo en que transcurre la novela Antonio Muñoz Molina. Este

libro, por cierto, es uno de los últimos que han cambiado de macuto en las tertulias del Fórum de las que hablaba al principio.

Ay, si los macutos hablaran. Ay, si hablara el macuto de Lavetusta.

JESÚS VALBUENA BLANCO

I

Paco Lavetusta dormía como un bendito abrazado a la almohada cuando el teléfono sonó. Era el director de «Conmoción», la revista para la que trabajaba:

—¡Vente para la redacción, cagando leches!

—¿Qué pasa?

—¡Se cargaron al obispo!

—¿A quién?

—¡A Roca Valente!, apareció dentro de un armario, ahorcado, con una mitra papal en la cabeza, unas pinzas en las tetillas y un cordel de crin de potro salvaje amarrándole los huevos. Ya hay un detenido, un chulo que se lo follaba o algo peor. La policía registró su domicilio y encontró una bolsa con diez lingotes de oro y dos mazos de billetes del difunto que parece le birló de la caja fuerte.

—¡Me ducho y voy para allá!

—¡A toda hostia, joder, que nunca puedo contar contigo cuando más te necesito!

Paco Lavetusta colgó el teléfono y se dirigió hacia la cocina seguido por Ulises, maullando y metiéndose entre sus piernas, exigente, como siempre.

—Tranqui, Ulises, ¡espera un poco!

Buscó una lata de *Friskies* en el armario, sacó una botella de leche y un sobre de queso rallado de la nevera y puso todo sobre

la mesa, mientras buscaba los cacharros correspondientes para servir el desayuno al gato —que en realidad era gata— Ulises no sabía esperar: trepó a la mesa y dificultó toda la operación.

—¡No te quejarás! ¡Hoy hasta tienes *Friskies* de salmón y queso rallado de postre! —dijo, mientras colocaba los cacharritos en el suelo y buscaba la cafetera. La puso al fuego y se metió en el baño. En eso estaba cuando volvió a sonar el teléfono—. ¡Joder, ni mear tranquilo te dejan!

A la séptima llamada atendió: era Pepe el Cojo.

—¡Por fin!, pensé que no estabas ¿te enteraste? Un chulo se cargó a la Roca Valente. O al menos eso dice la radio, y están transmitiendo en directo todas las televisiones desde Plaza de Castilla. ¿Y a que no imaginás quién fue el chulo justiciero? ¡Te vas a caer de culo cuando te lo diga!: ¡Manos!, ¡nada menos!, ¡el Castigador de Villacañas! Eso no lo dijo la tele ni la radio. Me lo acaba de decir por teléfono Puño, su novio-socio. Está desesperado. Dice que todo es un montaje y que necesita que le ayudemos. ¿Cómo te quedas?

—Espera un momento, Pepillo. ¡Tengo la cafetera en el fuego!

La cafetera escupía café sobre la vitrocerámica cuando el periodista entró en la cocina. La retiró del fuego, la metió en la pila de lavar los platos y volvió al teléfono.

—Dime…

—Pues eso, que Puño quiere vernos cuanto antes. El juez tomó declaración a Manos y lo envió a Carabanchel incomunicado. Imagina el revuelo. La prensa está como loca persiguiendo a los de la Conferencia Episcopal para que hagan declaraciones. Le dije a Puño que en cuanto hablara contigo lo llamaría para quedar.

—Yo ahora salgo para Conmoción. Llamó el director hace un rato por este asunto y quiere que me encargue del tema ya que yo «conozco el paño». Dile a Puño que podemos vernos en el Vips de O'Donnell a las tres de la tarde, comemos juntos y vemos qué hacemos ¿te parece bien?

—¡Vale, allí estaremos!

***

Lavetusta regresó a la cocina, se sirvió un café que no pudo tomar, pues estaba súper quemado, repugnante. —Ya tomaría uno de máquina en la redacción, se consoló—. Decidió ducharse a toda pastilla. Se desnudó, se metió bajo el chorro de agua y cuando estaba enjabonado de cabeza a pies volvió a sonar el teléfono. Salió de la bañera chorreando agua envuelto en una toalla y al correr hacia el teléfono resbaló y casi se dio un hostión. Levantó el auricular. Era Emilio la Teóloga.

—¡Qué desgracia, hijo, asesinaron al obispo Roca Valente, estoy desolado!

—¡Venga ya, no es para tanto!, al fin y al cabo, a todo cerdo le llega su San Martín; era una perra de cuidado la Valente, una homófoba militanta. No seré yo quien la llore. Además, eso de que la asesinaron aún está por verse.

—¡Lo dijo la tele!

—¿Y tú te crees todo lo que ves en la tele, alma de cántaro?

—¡No tienes corazón, cómo se nota que eres ateo y periodista! Y por eso te llamo: a las siete y media, en el Figueroa, hay una reunión de Gays Crist para evaluar la situación y emitir un comunicado. Estaría bueno que estuvieras presente.

—¡Vale, allí estaré!

Lavetusta volvió a la ducha de agua hirviente, se secó, se puso un albornoz, llamó a Conmoción y pidió a la telefonista que lo pusiera con el director:

—¡Hola, jefe! Tengo noticias frescas y estoy esperando que me las confirmen. ¡Sé quién es el presunto asesino! Se trata de un chulo apodado Manos, también conocido como 'El Castigador de Villacañas'. Regenta un gabinete-mazmorra sado-maso de alto *standing* ubicado en la Torre Picasso, en Azca. Entre sus clientes se cuentan empresarios, banqueros, gente de la *jet* y, por supuesto, altos prelados de la Santa Madre Iglesia. Tiene un socio-amante, un tal Puño, que asegura que todo es un montaje y está dispuesto a hacer declaraciones en exclusiva para Conmoción. Estoy pendiente del teléfono para que me confirme lugar y hora. Además ya contacté con la asociación de gays cristianos, Gays Crist, y esta misma tarde tengo una reunión con ellos para que evalúen la situación y se posicionen en este asunto.

—Debo confesar que estuve a punto de mandarte un telegrama de despido porque no aparecías, chaval, ¡pero ahora no puedo menos que felicitarte! En cuanto sepas algo más me llamas y planeamos la estrategia. Salud, República ¡y ole tus cojones! ¡Me dan ganas de cantar el Himno de Riego!

Lavetusta volvió a la cocina, rescató la cafetera, se esmeró en hacerse un café como Dios manda, puso la plancha al fuego y preparó unas tostadas, exprimió un par de naranjas, encendió la tele y desayunó ricamente haciendo *zapping,* empapándose de los pormenores de la noticia mientras se armaba un canuto bien cargado —el primero del día—, bien merecido por cierto. A medio canuto llamó El Ácido.

—¡Imagino que estarás encantado con la noticia, palmó la mala pécora! ¡Una menos! ¡Mira que era víbora su eminencia!,

despiadada y cabrona. Creo que Dios la castigó. Acabo de venir de una reunión con galeristas y todas estaban muy impresionadas y cariacontecidas. No pueden creer que la muy macha, tan antimarica, terminara colgada en un armario ejecutada por un chulo. Por supuesto que al respecto no dije ni mu, pero estaba deseando llegar a casa para llamarte y hablar contigo sin disimular. ¿Qué tal tú? ¿Cómo te sienta la soledad? ¿Qué tal tu novio Erasmus?

—Yo, bien, trabajando en la noticia. No estés tan seguro de que la Valente haya sido asesinada. Igualmente, tienes razón, no se perdió gran cosa con su desaparición. Basta revisar la hemeroteca. No le perdono, por muy muerta que esté, sus declaraciones en los comienzos del sida hablando del castigo divino y todas esas zarandajas de cura mala y loca tapada. Pero, ya te digo, no creo que la haya asesinado ningún chulo. Te lo digo con conocimiento de causa; pero no puedo adelantarte nada más hasta no estar seguro. Ya sabes que para algunas cosas soy muy profesional y siempre contrasto las noticias. Respecto a mi novio ausente, para qué voy a engañarte, ¡se le extraña! Ya está instalado en un piso con otros *erasmus* y entusiasmado con Venecia; y supongo que también con los venecianos. Por supuesto, ya habla italiano como si hubiera nacido en la bota. Y sigue sumando idiomas. En fin… yo, mientras tanto, riego las plantas y juego con Ulises. ¡Quién me ha visto y quién me ve! Tienes que venir un día de estos a la cueva. No la reconocerás. Ya sabes cómo es el muchachito, ha arreglado todos los enchufes, pintado las paredes, cambiado los muebles de lugar y las ventanas parecen un patio cordobés del barrio de San Basilio.

—Sí, tenemos que vernos cuanto antes y salir a pendonear un poco. ¡Contamos con una bien ganada mala fama que hay que defender!

Lavetusta siguió hablando un rato con su amigo más antiguo, un rato largo rememorando viejos tiempos. Colgó, se tiró en el sofá con Ulises encima del pecho, se durmió. Y entonces volvió a sonar el teléfono.

—¡Hola, *love*! ¡Acabo de enterarme de la noticia de la muerte del obispo de Madrid! En la tele no dejan de hablar del tema. El corresponsal de la RAI en España dice que se lo cargó un chulo. ¿Cómo estás? ¿Qué tal la Ulises? ¿Regaste las plantas? Yo estoy de puta madre. Los chicos del piso, un belga, con el que hablo en francés; un irlandés, con quien lo hago en inglés; y un portugués, con quien me entiendo en luso, un encanto. Hemos decidido que de ahora en más nos comunicaremos solo en italiano y que tenemos que confraternizar con los nativos. Así que esta noche nos vamos de juerga a Cannaregio, un barrio lleno de bares. ¡Joder, ya casi no me quedan monedas! ¡esto se corta! Y recuerda: ¡no estés triste!, recuerda que cada noche alguien en Venecia se está haciendo una paja pensando en ti. Ah, por cierto, no te olvides de cambiarle la arena de la cajita a la Ulises cada dos días. ¡Se corta! Piiiiiii…

Lavetusta se dispuso a cumplir lo ordenado por el chico Erasmus. Era el trabajo que más odiaba. En su vida se hubiera imaginado que terminaría siendo esclavo de un gato lisboeta, un gato que, por otra parte, no era gato, sino gata.

Mientras vaciaba la cajita de arena en una bolsa de basura, frunciendo la nariz por el olor a amoniaco que tiene el pis de gato, recordó cómo llegó Ulises a sus vidas. Después de una separación que a Lavetusta le pareció una eternidad, el chico regresó a Madrid desde Tenerife, donde se había instalado en casa de sus padres luego de la ruptura con el periodista. En ese tiempo Lavetusta tuvo un increíble golpe de suerte incursionando en el

delito aficionado y de pronto se vio con suficiente dinero como para darle a su amado una sorpresa que estuviera a la altura de la reconciliación.

Lo esperó en Barajas y en cuanto lo vio aparecer por la Puerta 6, luego del consabido abrazo, puso en sus manos las llaves del Alfa Romeo que había alquilado en *Avis* y le comunicó que se iban de viaje-luna de miel a Lisboa. Aquel viaje fue memorable y tardaron más de dos días en llegar, pues se detuvieron en Évora a hacer turismo y follar como locos en un hotel de carretera; en Setúbal, lo mismo, más un atracón de bacalao a la parrilla y una botella de *vinho verde*. Finalmente llegaron a Lisboa, atravesando el largo puente sobre el Tajo, y durante cinco días se dedicaron a recuperar el tiempo perdido, pasear en tranvías, hacer excursiones a Sintra y Cascais, visitar la Fundación Gulbenkian para presentar sus respetos al «Chico de las cerezas», de Manet, y el *Museu de Arte Antiga*, en la *Rua das Janelas Verdes*, donde se extasiaron frente a «Las tentaciones de San Antonio», del Bosco un año antes, durante su primera pelea importante, el periodista se refugió en Lisboa, para lamerse las heridas y desde allí escribió al chico una postal-poema para hacer las paces:

«Subí a los miradores
y solo vi tu cara
Fotografié un *leão de pedra*
en Os Jerónimos
Estuve en *Janelas Verdes*
con el Bosco y San Antonio
Vencí las tentaciones
—no tiene ningún mérito: solo caigo en ellas cuando estás a mi lado—

y jugué con un gato
que pasaba, confiado, ciudadano
por la calle empinada».

Lisboa es un paraíso si uno tiene la suerte de ser gato.

Una noche, paseando por los muelles, escucharon un maullido, leve, como el llanto de un bebé. El maullido venía de abajo de unos palieres amontonados, quitaron los palieres y allí estaba, indefenso, el gatito, con pocos días de nacido. Lo rescataron, el chico lo puso bajo la camisa para darle calor corporal y volvieron al hotel a las disparadas. Previamente fueron a una farmacia a comprar un biberón pequeño, leche maternizada, gasas y suero para lavarle los ojitos que los tenía sellados y supurados. Esa noche no durmieron atendiendo al gato y a la mañana siguiente emprendieron el viaje de vuelta a Madrid. Por supuesto se acabó el folleteo y la luna de miel. En Madrid, ni bien llegaron, fueron a una veterinaria que les indicó cómo administrarle las medicinas para tratar la desnutrición y la infección de ojos y registró al gato en una cartilla en la que debía constar el nombre del bicho y los de sus dueños-padres.

—¿Cómo se llama? —preguntó la veterinaria. Se miraron, y el chico no dudó.

—¡*Ulises*!

De todos los personajes mitológicos, legendarios, el chico prefiere a Ulises y asegura que con él nace el héroe moderno. Y, así, con ese nombre se quedó. La veterinaria le dijo:

—¡Tuviste suerte, Ulises! Se ve que los dioses te protegen.

Pero, una noche, Ulises escapó por los tejados y volvió preñada. Allí empezaron a llamarla *la* Ulises. Tuvo dos gatitos: 'Manolo', que se lo quedó Barbara Platsch, una amiga alemana, corresponsal

de la tele teutona en España, y 'Difícil', que lo adoptó Federico, un amigo de Lavetusta que se lo llevó a San Rafael, Segovia.

Después de lavar y secar la cajita de plástico, Lavetusta volcó en ella la arena especial para gatos, se lavó y secó concienzudamente las manos y entró en la sala donde Ulises se estaba acicalando con la lengua las patas.

—Bueno, Reina, ¡ya puedes mear y cagar a gusto!

Miró el reloj: era la una y media de la tarde. Se vistió adecuadamente, se puso un poco del perfume que le había regalado el chico, cerró las ventanas, apagó la tele, que seguía transmitiendo «el crimen de las Vistillas», encendió la radio y sintonizó Radio Clásica. Y cogió la bolsa de basura para tirarla en el contenedor.

—«La flauta mágica», ¡con lo que a ti te gusta, cabrita! ¡Pórtate bien, disfruta de Mozart y no hagas ningún desastre!

Acarició la cabeza de la Ulises y salió de la cueva con la bolsa de basura en la mano.